

sus espasmos quiso que le sirvieran veneno, y como se negaran á proporcionárselo comió hasta ahogarse.

Su apoteosis.—Frisaba en los sesentiseis años, de los cuales había reinado diecisiete y ocho meses. Su efigie de cera fué colocada sobre un lecho de marfil con paños de oro; y por espacio de siete días se agolparon en torno senadores vestidos de negro y damas con traje blanco. Continuaron los médicos con toda regularidad sus visitas, anunciando los progresos del mal hasta el séptimo día, en que la muerte fué declarada oficialmente. Entonces fué llevado el lecho fúnebre al foro en hombros de caballeros, acompañado de senadores y de la juventud que entonaba himnos en loor del difunto. Habíase levantado en el campo de Marte una magnífica pirámide de madera con cuatro cuerpos, conteniendo cuatro aposentos uno encima

de otro, estrechándose gradualmente. Colocóse en el segundo el simulacro de Severo, cubierto de aromas y de flores; y después de verificarse por los caballeros en derredor de la pirámide carreras de caballos, se la prendió fuego: entonces remontó su vuelo un águila desde el centro de las llamas, símbolo del alma de Severo ascendiendo á la mansión de los dioses.

Cuando cesaron de hacer temblar sus crueldades se encomió sobremanera la justicia de sus leyes, y la perversidad de su sucesor le valió ser comparado á Augusto. Si consideramos no obstante que extirpó los últimos vestigios de la república hollando al Senado, y que introdujo tanto con la práctica como con las doctrinas el sistema despótico, habremos de pedirle cuenta del abuso que sus sucesores hicieron de este sistema y de la ruina á que precipitó el imperio.

## CAPÍTULO XXII

### DESDE CARACALLA Á ALEJANDRO.—RESTAURACIÓN DEL IMPERIO PERSA

Aquella Julia Domna, con quien se había casado Severo á consecuencia de predecirle las estrellas por marido un soberano, poseía, independientemente de su hermosura, una imaginación viva, un alma enérgica, y un notable buen sentido. Instruida en artes y letras fué protectora de los hombres de talento, cuyas alabanzas no alcanzaron á adormecer ciertas aventuras escandalosas. Jamás tuvo ascendiente sobre su marido, austero y celoso: pero en tiempo de su sucesor administró con moderación y prudencia.

Caracalla.—Caracalla y Geta, sus hijos, uno de veintitres y otro de veintium años, juntaban á la indolencia natural de los que nacen bajo la púrpura, monstruosos vicios y extremada animosidad uno contra otro. Su padre había puesto por obra consejos y reconvenciones para a hogar aquella enemistad: hacía particular estudio en tratarles con igualdad perfecta, hasta conceder á ambos (cosa inusitada) el título de augustos. Pero Caracalla consideró esto como un ultraje, y Geta aspiró á conciliarse la voluntad del ejército y del pueblo. Pudo, pues, decir Severo sin ser profeta: *El más fuerte de los dos matará al otro, y al que sobreviva le perderán sus propios vicios.*

No bien hubo cerrado los ojos cuando los dos augustos pusieron término á la guerra, abandonando los países recientemente conquistados, para presentarse cada uno de ellos en Roma. Proclamados ambos por el ejército, uno y otro ejercieron una autoridad independiente. ¿Cabía en lo posible aguardar que gobernarán de concierto? En el camino jamás habían comido juntos, ni dormido bajo un mismo techo: al llegar á Roma se repararon el palacio que era más espacioso que la ciudad toda (1), fortificando uno contra otro la parte

que se reservaba, y colocando allí centinelas. Nunca se encontraban sino con la injuria en los labios y la mano en la empuñadura de su espada.

Muerte de Geta, 17 febrero 212.—A fin de evitar una guerra inminente entre los dos hermanos, se les propuso repartirse el imperio; pero la emperatriz les hizo renunciar á un tratado que, rompiendo la compacta unidad del Estado, produciría una guerra civil, y el predominio de un partido sobre el otro, ó el quebrantamiento de ambos. Determinó á Caracalla á celebrar una entrevista con Geta en su aposento para reconciliarse; pero el primero degolló al otro en los brazos de su madre.

En lucha con sus remordimientos y con la satisfacción de su delito, huye el monstruo al campo de los pretorianos: se prosterna ante las estatuas de los dioses, y anunciando que acaba de libertarse de las emboscadas de su hermano, declara que quiere vivir y morir con sus leales soldados. Estos preferían á Geta; mas una vez dado el golpe, tuvieron por mejor disimularlo: además una gratificación de 2,500 dracmas, concedida á cada uno de ellos, contribuyó á adormecer los murmullos. Su padre le había dicho: *Háste amar de los soldados y esto basta: nada tenía que recelar del Senado: á fin de distraer al pueblo permitió Caracalla que deificaran á Geta: Sea dios (divus) con tal de que no esté vivo (vivos), y consagró á Serapis la espada con que le había atravesado.*

Pero las furias vengadoras desgarraron al fratricida. En medio de las ocupaciones, del libertinaje, de las lisonjas, se le aparecían amenazantes las imágenes de su padre y de su hermano. A fin de borrar todo recuerdo de su víctima amenazó de muerte á Julia, que le lloraba; hizo perecer á Fadila, última hija de Marco Aurelio, derribó las estatuas de Geta, y fundió las monedas acuñadas con su efigie: hizo en fin degollar á veinte mil personas por la amistad que á este príncipe les unía. Mandó á Papiniano, á quién aborrecía porque

(1) HERODIANO. Nada tiene esto de improbable, si se comprenden en este espacio los jardines.

Severo le había recomendado velar por la administración del Estado, y mantener la concordia en su familia, escribir una apología de su fratricidio, como lo había hecho Séneca respecto de Nerón; pero Papiniano le respondió: *Es más fácil cometer un delito que justificarlo*, y murió intrépidamente, sellando así el renombre que le habían conquistado sus conocimientos, sus funciones públicas y sus obras.

Habitado desde entonces á la sangre, nunca cesó de derramarla, y bastó á un senador ser rico ó virtuoso para ser delincuente. Un año después de la muerte de Geta solió de Roma para no tornar nunca á su recinto, y recorrió las diversas provincias, con especialidad las de Oriente, satisfaciendo con avidez su sed de suplicios, no solo contra los magnates y los ricos, sino contra todo el género humano.

Donde quiera que se hallaba debían prepararle los senadores banquetes y diversiones de enormes dispendios, que abandonaba enseguida á sus guardias; levantarle palacios y teatros, en que ni siquiera fijaba los ojos y que mandaba demoler acto continuo. A fin de hacerse popular vestía al uso de cada uno de los países. En Macedonia, como testimonio de su admiración respecto de Alejandro, hizo organizar un cuerpo de su ejército según el modelo de la falange, dando á los oficiales los nombres de aquellos que habían servido á las órdenes del héroe macedonio. Fué idólatra de Aquiles en Asia; donde quiera cómico y verdugo. En la Galia derramó torrentes de sangre, y mandó dar muerte hasta á los médicos que le habían curado. Para vengarse de una sátira decretó una matanza general de alejandrinos: y desde el templo de Serapis dirigió la carnicería de muchos miles de infelices, delincuentes todos, según escribía al Senado. Abolió en Alejandría las reuniones literarias, expulsó á los extranjeros, á excepción de los mercaderes, y separó los barrios con murallas guarnecidas por tropas.

Prodigaba oro á farsantes, á cocheros, á cómicos, á gladiadores; y echando mano á su espada, respondió á Julia que le dirigía reconvenciones: *Mientras tenga ésta, nunca me faltarán riquezas*. Sin embargo, cuando hubo disipado el inmenso tesoro de Severo llegó hasta á fabricar moneda falsa. Por lo demás, no se ocupaba ni de negocios ni de justicia: confiados se hallaban los primeros puestos del Estado á libertos, histriones y eunucos. ¿Qué importaban las querellas del mundo entero? *Hazte amar de los soldados, y esto basta*. Pues bien, Caracalla los colmó de larguezas mayores que las de su padre, sin refrenarlos con igual energía. Cada año les distribuía 70,000.000 de dracmas sin contar el sueldo que aumentó bastante. Les consentía apoltronarse dentro de sus cuarteles, y provocaba su familiaridad imitando su modo de vestirse, sus hábitos y sus vicios.

Muerte de Caracalla.—Natural era que fuese amado por ellos y que le amparan contra el odio

de los demás. La prefectura del pretorio, que, como ya hemos dicho, abarcaba entonces todas las atribuciones del poder supremo, había sido dividida entre Avento para lo militar, y Opilo Macrino para lo civil. Predijo el imperio á este último un adivino africano. Caracalla supo tal noticia en Edesa, en el momento en que dirigía un carro, y remitió el despacho á Macrino. Este comprendió al punto que le cumplía inevitablemente morir ó darle la muerte. Abrazó este postrer partido y compró al centurión Marcial, que descargó el golpe sobre Caracalla en el instante en que se dirigía al templo de la luna en Carres (8 de abril de 218). Tenía veintinueve años; y Julia, su madre, que no quería sobrevivirle, se dejó morir de hambre.

Este monstruo es memorable por haber declarado ciudadanos romanos á todos los súbditos del imperio (2), no por generosidad, sino por someter así á los habitantes de las provincias al derecho del vigésimo sobre las sucesiones, derecho que solo pesaba sobre los ciudadanos (3). Así cumplía después de siete siglos la constitución de Servio Tulio en virtud de la cual se podía entrar en el patriado por mérito ó por dinero, y la Italia quedaba reducida á provincia no diversa de las otras.

También hizo algunas guerras, primero contra los catos y los alemanes, cuyo nombre suena á la sazón por la vez primera. Aun cuando acreditó personal bizarría, llegó á comprar á los bárbaros una paz vergonzosa. Hechas prisioneras algunas mujeres alemanas y viéndose puestas en venta, se suicidaron después de dar muerte á sus hijos. Entonces se sublevaron en contra suya todos los pueblos de la Germania, por querer parte de los tesoros romanos ó una guerra ilimitada: prefirió aquél el primer partido. Sin embargo, no recibió á los embajadores, sino sólo á sus intérpretes, á quienes mandó asesinar al punto para que no pudieran dar testimonio de su ignominia. Arrancó la vida al rey de los cuados; y habiendo llamado á las armas á los jóvenes de la Retia, ordenó que fueran degollados todos. En esto sobresalía su bravura.

Se proponía atacar á los partos debilitados por sus disensiones intestinas, si bien quiso mejor trasladarse á Armenia y á Osroene, en paz con los romanos; y habiendo invitado á Tirídates á acudir á Antioquía, lo retuvo prisionero. De este modo pudo reducir la Osroene á provincia; pero zozobró su proyecto contra la Armenia. Sin declaración de guerra penetró asimismo en el territorio de los partos, exterminando á los habitantes, destruyendo las aldeas y propasándose hasta á soltar fieras en

(2) *Fecisti patriam diversis gentibus unam Urbem fecisti quae prius orbis erat.*

RUTILIO, *Itinerario*.

(3) Algunos atribuyen esta ley á Marco Aurelio. J. G. MANAERI, *Commentatio de M. Aur. Antonino constitutionibus de civitate universo orbi dato auctore*. Halle, 1772. Quizá le había puesto restricciones que Caracalla abolió.

pos de los míseros fugitivos: es lo cierto que jamás vió la cara al enemigo, sin que por eso dejara de vanagloriarse en el Senado de haber vencido al Oriente; y al concederle aquel cuerpo los honores del triunfo, le dió los títulos de Germánico, Gético, Pártico. Helvio Pertinax, hijo del emperador asesinado, dijo que el único sobrenombre que le convenía era el de *Gético*, aludiendo al asesinato de Geta, y pagó estas palabras con la vida.

Macrino.—Por espacio de tres días estuvo vacante el imperio del mundo, y al cuarto, no ocurriendo á quien dársele, proclamaron los pretorianos á Macrino (12 de abril de 218), quien fingiendo rehusarlo y deplorar la muerte de Caracalla, se apresuró á distribuir donativos, promesas, y á promulgar una amnistía. Era natural de Argel, y Plauciano le había confiado la intendencia de sus bienes porque era versadísimo en el estudio de las leyes. Desterrado á Africa por Severo, ejerció allí la profesión de abogado hasta el momento en que fué nombrado para la prefectura del pretorio; funciones que desempeñó con toda la equidad que se puede aplicar bajo un tirano á la resolución de los negocios.

Cuando el Senado recibió el despacho en que Macrino le anunciaba que *Caracalla había sufrido la suerte de que parecía digno, y que el ejército le había elegido por sucesor suyo*, aquel cuerpo, perplejo hasta entonces, se desahogó en imprecaciones contra el difunto é infamó su memoria, y prodigando á Macrino más honores que á otro alguno, dió el título de César á su hijo y el de Augusta á su esposa. Le suplicó que castigara á los ministros de Caracalla y exterminara á los delatores. Macrino le permitió desterrar á algunos senadores y á ciertos ciudadanos, como también crucificar á los esclavos y libertos que habían denunciado á sus amos. Por otra parte consintió en que el ejército deificara á Caracalla, y el Senado siempre docil prestó su asentimiento.

Proponiéndose Macrino aplicar remedio á los desórdenes del reinado precedente con la abolición de los edictos contrarios á las leyes de Roma, castigó con el suplicio del fuego el adulterio, cualesquiera que fueran la condición y clase de quien lo cometía: obligó á los esclavos fugitivos á luchar con los gladiadores: á veces dejó á los reos morir entre las angustias del hambre: pronunció la pena capital contra los delatores que no probaban su acusación, y cuando la probaban les otorgó la recompensa ordinaria de la cuarta parte de los bienes del acusado, aunque declarándoles infames. Alternativamente castigó ó indultó á los que conspiraban contra suya. Semejante rigidez y la destitución de personajes ilustres cuyas funciones confió á sugetos sin mérito ni nobleza, produjeron imponderable descontento: se tuvo á deshonra ver ocupado el trono por un hombre que ni siquiera figuraba como miembro del Senado, sin que tampoco compensara lo ínfimo de su origen ninguna cualidad eminente.

Ya fuera por justicia ó por miedo restituyó el

emperador la libertad á los prisioneros hechos á los partos por Caracalla; pero envalentonado con la moderación de los romanos, Artaban IV, que juntaba un ejército para vengar el recibido ultraje, exigió que reedificaran las ciudades destruidas por Caracalla, que restituyeran la Mesopotamia y pagaran una multa por el insulto hecho á las sepulturas de los reyes partos. Al saber su negativa atacó á las legiones cercanas de Nisibe, las derrotó, y solamente concedió la paz al precio de 50,000,000 de dracmas. El restablecimiento de Tirídates en su trono aplacó á los armenios.

Aquellas derrotas consistían principalmente en la falta de disciplina de las tropas: de consiguiente Macrino buscó los medios de restablecerla. Desde las ciudades, donde se enervaban en la molición, trasladó á los campos los cuarteles de los soldados, prohibiéndoles acercarse á las poblaciones, y castigándoles severamente la más lijera falta. Hasta quiso disminuir el sueldo de las tropas, que alzaron entonces unánimes clamores echándole en cara susuntuosos solaces de Antioquía y la hipocresía con que había fingido lamentarse del asesinato de Caracalla, ordenado por él mismo.

Heliogábalo.—Atizaba el fuego de la sedición Julia Mesa, hermana de Julia Domna, que juntaba la sagacidad de una mujer al valor de un hombre. Macrino le había dejado inmensas riquezas, confinándola, no obstante, á Emesa, en Fenicia, con sus dos nietos Vario Avito Basiano, de edad de trece años, y Alexiano, que tenía nueve. Había consagrado el primero al sol, adorado en aquella ciudad bajo la forma de un cono de piedra negra. Llegó á ser gran sacerdote del dios, y á consecuencia del nombre que se le daba en aquel territorio, fué llamado Heliogábalo (4). Por su dulzura y afabilidad se hizo amar de los soldados del campamento de Macrino, asentado á poca distancia; y todavía fué mayor el cariño de las tropas cuando Julia Soemis, hija de Mesa, divulgó el rumor de que le había tenido de Caracalla, haciendo á la ambición el sacrificio de su honra. Sostuvo esta opinión con indecibles larguezas, y no se necesitó más para determinar al ejército á proclamarle emperador bajo el nombre de Marco Aurelio Antonino Heliogábalo (218). Fué asesinado Ulpio, prefecto del pretorio, enviado para apaciguar el tumulto. Después de titubear Macrino entre el rigor y la indulgencia, acabó por declarar á Heliogábalo enemigo de la patria: proclamó Augusto á su propio hijo Opilio Diadumeno, y prometió á cada soldado 5,000 dracmas, y al pueblo 150 por cabeza. A pesar de tamaña liberalidad, se declaró el ejército en favor del joven emperador. Dieron muerte los soldados á sus oficiales para sucederles en sus bienes y en sus grados, según se les había prometido.

(4) Se ha discutido mucho á fin de averiguar si debe decirse Hliogábalo, de *Ela*, dios, *gabal*, formar, dios criador ó Heliogábalo, de la voz griega *elios*, sol.

**Muerte de Macrino.**—Enseguida se dió una batalla en los confines de la Siria y de la Fenicia, donde Heliogábalo, su abuela, mujeres y eunucos desplegaron valor y firmeza, á la par que Macrino decidió la victoria de su rival con su intempestiva fuga. Alcanzado en Arquelaida de Capadocia, le conducían á presencia del vencedor, cuando sabedor de que se había cortado públicamente la cabeza á su hijo, por dos conceptos ilustres, se precipitó desde el carro que le llevaba, y los soldados de la escolta terminaron sus congostas y su vida (1.º de junio). Pereció totalmente el escaso número de sus parciales que opuso resistencia, y la revolución quedó terminada en veinte días.

Heliogábalo invirtió muchos meses en hacer su viaje tan frívolo como pomposo, desde la Siria á Italia, donde hizo que le precedieran las ordinarias promesas, y además su retrato, que le representaba con vestiduras sacerdotales de seda y oro, flotantes á la oriental, con tiara en la cabeza, cubierto de collares, de brazaletes y de piedras preciosas, las cejas teñidas de negro y las mejillas con afeites. Hubo entonces de apercibirse Roma de que se hallaba amenazada del despotismo oriental después de haber padecido el régimen del sable.

Con efecto, el sacerdote del sol sobrepujo en impiedad, en prodigalidades, en libertinaje y en barbarie á los monstruos que le habían precedido. Entre el número de seis mujeres que adoptó por esposas, y repudió ó mató en el curso de seis años, se contaba una vestal, atentado inaudito hasta entonces. En sus aposentos no había más colgaduras que telas de oro. Unctá á su carro cubierto de este fino metal y de pedrerías, á mujeres con el seno desnudo, y subía allí también en cueros. Desde el lugar de donde salía hasta su carro solo debía pisar polvos de oro. De oro eran todas las vajillas destinadas á su servicio, y por la noche repartía á sus convidados aquellas de que había hecho uso durante el día. Sus vestidos de las más finas telas estaban cargados de pedrería: nunca se puso uno mismo dos veces, observando igual método con los anillos. Regalaba á los soldados y al pueblo vajillas de plata y oro, piedras finas, billetes que representaban diversas sumas. Llenó los viveros de esencia de rosa: hizo correr vino por el canal que servía para las naumaquias: una profusión de flores adornaba sus aposentos, sus galerías, sus lechos. Daba festines en que no se servían más que lenguas de pavos reales y de ruiseñores, huevos de rodaballo, sesos de papagayos y de faisanes. No comía pescado sino cuando se lo traían de remotos mares, y entonces distribuía gran cantidad de este manjar delicado á la muchedumbre, complaciéndose en que fuera del mejor y más caro transporte. Alimentaba sus perros con hígados de pato, á sus caballos con uvas, á las fieras con faisanes y perdices. Todo el que inventaba un manjar apetitoso era galardonado generosamente; pero si no atinaba con el gusto del emperador, era condenado á no comer otra cosa hasta que descubriera

alguna golosina sabrosa. Servíanse además en sus banquetes guisantes mezclados con polvos de oro, lentejas y habas con ámbar, arroz con perlas, falerno con vino de rosa, trufas y peces salpicados de ámbar. Eran de plata las mesas, y los vasos de impúdica figura: para alimentar las lámparas usaba de nardo: llovían en abundancia sobre los convidados jacintos y rosas; y á veces se recreaba el emperador en sofocarles con esta ordirífera lluvia.

A las nauseabundas infamias de que fué receptáculo su palacio, convidaba amigos á quienes llamaba camaradas por su complicidad inmundada. Las proezas más libidinosas valían á sus favoritos los primeros cargos del imperio. Acontecióle un día expulsar de súbito á todas las cortesanas y sustituirlas con mancebos; y degeneró hasta el punto de hacer que se casaran con él un oficial y un esclavo: este matrimonio brutal se consumó á la faz del mundo.

Tanto cariño profesó á un tal Gannis, de condición servil, que pensó en casarle con su madre y en hacerle César; pero habiéndole éste exhortado á proceder con más decoro, le dió muerte. Condenó á la última pena á otros muchos en Siria y en otras partes bajo pretexto de que desaprobaban su conducta. Cuando se presentó por primera vez en la curia quiso que se incluyera á su madre en el número de padres conscriptos con derecho de votar como ellos. Hasta instituyó bajo su presidencia un senado de mujeres, cuyas atribuciones consistían en deliberar sobre el traje de los romanos, los grados, las visitas y otros objetos de igual importancia.

**Heliogábalo dios.**—A impulsos de su loca devoción al dios á quien debía su nombre y su trono, hizo que se le erigiera un suntuoso templo en la cima del Palatino, para observar allí los ritos extranjeros. Entendía que Júpiter y los demás dioses debían ser humildísimos servidores de aquel intruso, y hasta que él fuera únicamente objeto de las adoraciones. De consiguiente se profanaron y dejaron los demás templos, y se trasladaron al suyo el fuego eterno de Vesta, la estatua de Cibele, los escudos sagrados de Anco, el Paladín; y habiendo hecho venir de Cartago á la diosa Asartar con todos sus ornamentos, la casó con su dios y celebró su enlace con inaudita magnificencia. Para el culto de este dios extranjero no le bastaba la circuncisión de los nuevos creyentes y la abstinencia de la carne de cerdo, sino que le sacrificaba niños robados á las más ilustres familias. A fin de conducir procesionalmente aquella piedra en bruto, hizo sembrar de oro la carrera que debía seguir el carro tirado por seis caballos blancos en que iba depositada: el emperador en persona llevaba las riendas, andando hacia atrás para no apartar los ojos de su divinidad muy amada. En los sacrificios que le ofrecía, se prodigaban exquisitos vinos, víctimas sumamente raras, preciosos aromas, y en medio de lascivas danzas ejecutadas por jóvenes sirias, representaban los más graves

personajes del orden civil y militar los papeles más abyectos y extravagantes, al compás de bárbaros instrumentos.

En vano aspiraba Mesa á poner freno á aquel insensato: previendo que los romanos ó los soldados no le aguantarían por mucho tiempo, le persuadió que adoptara á su primo Alexiano (221), á fin de que, según decía, no le distrajera de sus ocupaciones divinas el cuidado de los negocios. Pero viendo que el nuevo príncipe no tomaba parte alguna en sus desórdenes y se hacía amar del pueblo y del Senado, probó Heliogábalo á darle muerte; y como se lo estorbasen su abuela y su madre, pidió al Senado que fuera depuesto. Subleváronse en esto los pretorianos, resueltos á matar al emperador, si éste no hubiera obtenido con sus lágrimas que le dejasen la vida y su esposo, abandonando á su indignación los demás compañeros de su libertinaje.

**Muerte de Heliogábalo.**—Al año siguiente atentó otra vez á la vida de Alexiano, y los pretorianos se sublevaron nuevamente. Heliogábalo hubo de conducirse á su campamento, y entonces al joven César se le prodigaron aplausos y á él denuestos. Irritado el emperador sentencia á muerte á algunos, pero son arrancados de manos del verdugo: se traba una refriega, y Heliogábalo se esconde en las letrinas, donde es descubierto y degollado, como también su madre. (10 de Marzo 222) ¡Tenía dieciocho años!

**Alexiano Severo.**—Alexiano, que solo contaba catorce, fué proclamado emperador con el nombre de Alejandro Severo, al cual añadió los de Augusto, padre de la patria, Antonino, grande, aun antes de ser conocido. Este príncipe mozo se dejó dirigir modestamente por Mamea su madre (5), que ambiciosa por gozar de un poder efectivo, como lo había disfrutado su hermana con el título de emperatriz, conservó siempre sobre su hijo una autoridad absoluta. Celosa del amor que profesaba á su mujer y á su suegro, hizo que éste fuera condenado por traición, y confinada aquella al Africa (223). A lo menos dirigió á su hijo hacia el bien, instituyendo á su lado un consejo compuesto de dieciséis senadores de los más esclarecidos, bajo la presidencia del famoso Domicio Ulpiano, á fin de que aplicaran remedio al desorden del gobierno y de las rentas, separaran á tantos funcionarios indignos, y especialmente para que guiaran por el camino de la virtud al joven emperador.

De índole suave y benévola, respetuoso con su madre y Ulpiano, aborreciendo á los aduladores, amó la virtud, la instrucción y el trabajo. Levantábase antes del alba, y después de cumplir sus devociones en la capilla doméstica, que había mandado adornar con las imágenes de hombres bien-

(5) El obispo Eusebio la llama religiosísima y de gran piedad (VI, 21), lo cual hizo creer á algunos que era cristiana.

hechores, se ocupaba de los negocios públicos en el consejo de Estado y fallaba sobre las cuestiones privadas: enseguida se recreaba con una amena lectura, ó estudiando poesía, historia y filosofía, especialmente en Virgilio, Horacio, Platón y Cicerón, sin descuidar los ejercicios corporales, en que superaba á todos los de su edad por el vigor y por la destreza. Consagrándose después de esto otra vez á los negocios, despachaba cartas, leía memorias hasta la hora de la cena, comida frugal y sencilla, servida para él y un corto número de amigos instruidos y virtuosos, cuya conversación, ó cuyas lecturas substitufan á los bailarines y á los gladiadores, ordinaria comitiva de los banquetes de los demás romanos. Sencillamente vestido hablaba con bondad y daba audiencia á todos á determinadas horas; un heraldo repetía en alta voz esta fórmula de los misterios de Eleusis: *No entre aquí aquel cuya alma no esté inocente y pura*. Solía decir á menudo y había mandado inscribir sobre las puertas de su palacio la máxima siguiente: *Haced á los demás lo que deseáis que hicieran con vosotros*. Su corte estaba llena de cristianos, y se ha dicho que adoraba en secreto á Abraham y á Cristo, y que hasta pensaba en erigir un templo al Dios verdadero, si bien le habían respondido los oráculos que con esto haría que quedaran desiertos los demás templos. A ejemplo de los cristianos, á quienes veía usar este método para la elección de sus sacerdotes, publicaba el nombre de los gobernadores designados para las provincias, invitando á hablar libremente á los que tuvieran que oponer algo.

Necesitábase no menos que un príncipe de tales prendas para dar realce al imperio, después de cuarenta años de diferentes tiranías. Persuadidos los gobernadores de que el amor de los gobernados era el único medio de agradar á Alejandro, dejaron respirar á las provincias. Moderándose el lujo hizo disminuir el precio de los géneros y el interés del dinero, sin que por eso careciera el pueblo de larguezas ni de diversiones.

Faltaba curar la llaga más peligrosa, la indisciplina de los soldados, incapaces de aguantar ningún freno. Alejandro se grangeó su voluntad con liberalidades y aliviándoles de algunas obligaciones penosas, como la de llevar en las marchas su ración para diecisiete días. Su lujo tuvo por objeto los caballos y las armas. Sometiéndose en persona á las fatigas, visitaba á los enfermos, no dejaba ningún servicio en olvido ó sin recompensa, y decía que la conservación de los soldados le ocupaba más que la suya propia, porque sobre ellos reposaba la seguridad del Estado. Pero ¿cabía aplicar remedio á un mal tan gangrenado?

**Indisciplina militar.**—Al fin cansados los pretorianos de la virtud de su hechura, decían que Ulpiano, su prefecto, le aconsejaba que se mostrara riguroso. Sublevándose en fin iracundos corrieron durante tres días por las calles de Roma, como si fuera una ciudad enemiga, prendiendo aquí y allá fuego, hasta el instante en que habiéndose apode-

rado de Ulpiano, le asesinaron á la vista del emperador, cuya dulzura fué impotente (230). Todo ministro fiel se veía amenazado con un fin de esta especie: pudo el historiador Dión salvar su vida ocultándose en tierras de Campania. Imitaban las legiones el funesto ejemplo de los pretorianos, y por todas partes estallaban rebeliones acompañadas del asesinato de los oficiales; señal inequívoca de que la indulgencia es impotente contra una licencia tan desenfadada. En Antioquia promueve una sublevación el castigo de algunos soldados que habían sorprendido algunas mujeres en el baño. Acto continuo sube Severo á su tribunal, y hace presente á la legión rebelde la necesidad de castigar el abuso y de mantener la disciplina, única salvaguardia del imperio. Le interrumpen gritos sediciosos y amenazas; no obstante prosigue de este modo: *Guardad esos gritos para el día en que os encontréis al frente del enemigo. Ante vuestro emperador, de quien recibis trigo, vestidos, dinero, enmudeced ó habré de llamaros ciudadanos y no soldados. Podéis arrancarme la vida, más no infundirme miedo; y la justicia vengará mi asesinato.* Continúan el tumulto y las vociferaciones y exclama: *Ciudadanos, deponed las armas y retiraos á vuestros hogares.*

En otro tiempo había apaciguado César una rebeldía con esta frase; á la sazón produjo el mismo efecto. Confesando los soldados la justicia del castigo, se despojaron de todas las insignias militares y se retiraron á las hospederías de la ciudad. Duró el castigo treinta días, durante los cuales Severo mandó dar muerte á los tribunos culpables ó negligentes: luego reorganizó la legión; que ya continuó siempre leal y adicta.

Otros ejércitos se hallaban también trabajados por sus hábitos de desobediencia, ó por la ambición de algunos jefes. Aspiraba al imperio el senador Orvinio Camilo; y habiéndole hecho Alejandro prisionero le dió gracias por quererle prestar ayuda; y nombrándole su colega, le hizo habitación en palacio; y principiada posteriormente la guerra quiso tenerle consigo. Como vió que la marcha á pié le era muy penosa, le hizo montar á caballo, y no pudiendo soportar tampoco la fatiga del caballo, le facilitó un carro. Tanta bondad indujo á Camilo á entrar en meditaciones, y se humilló hasta el extremo de pedir que se le permitiera abdicar. Alejandro le aseguró que nada tenía que temer por su parte (6).

**Partos.**—En su tiempo agitó una gran revolución el reino de los partos y se regeneró la Persia. Más, antes de describirla, cumple exponer las causas que la promovieron.

**Artaban III.**—Cuando á consecuencia de haber sido Vonón destronado (7), quedó Artaban, rey

(6) La vida de Alejandro en la *Hist. Augus.* es una especie de novela como la *Ciropedia*. Herodiano parece más fidedigno; y concuerda además con los fragmentos de Dion.

(7) Véase la pág. 39 de este tomo.

Arsácida de la Media, dueño tranquilo de la Partiana, se hizo allí tirano (18); por lo que sus súbditos teniendo á la cabeza al ibero Mitrídates, y encontrándose apoyados por Tiberio, le expulsaron y proclamaron en su lugar á Tirídates (36). Artaban tornó en breve; y lanzado de nuevo, volvió á subir al trono y lo conservó, merced á su templanza, hasta que murió á los treinta años de reinado.

Entre sus siete hijos había elegido por sucesor á Bardanes (44), que derrocado y muerto en breve, fué reemplazado por Gotarses (47). Cansado de su rigor, pidieron los partos á Claudio que les diera por rey á Meherdates; pero vendido este príncipe por sus parciales, fué derrotado y cayó en poder de Gotarses, quien mandó que se le cortaran las orejas para insultar á los romanos.

**Vologeso.**—Gotarses tuvo por sucesor á Vonón II y poco después á Vologeso I, que invadió la Armenia, después de haber ocupado las dos principales ciudades, Artaxata y Tigranocerta, estableciendo por rey de la primera á Tirídates, y de la Media á Pacoro, sus dos hermanos (50). Cuando aprovechándose posteriormente Domicio Corbulón de los estragos de una epidemia, expulsó á Tirídates, de improviso cayó Vologeso al frente de un numeroso ejército sobre los romanos y obtuvo algunas ventajas. Pero no queriendo empeñarse en una guerra general, envió á Roma á su hermano Tirídates para que recibiera la corona de manos de Nerón. Alcanzóla, como ya hemos dicho, y Vologeso quedó amigo de los romanos.

Artaban favoreció al falso Nerón por odio á Vespasiano; pero éste no juzgó prudente atacar á tan formidable enemigo.

**Cosroes, 90-107.**—Pacoro I (*Firuz*), sucesor de Artaban, vivió en paz con los romanos; si bien Cosroes, su hermano y sucesor, encendió la guerra expulsando de la Armenia á Exedaro, allí establecido por Trajano, y substituyéndole su propio hijo Partamaspatés (8). Trajano invadió de súbito la Armenia, la redujo, é hizo prisionero al nuevo soberano. Enseguida se apoderó de la Mesopotamia, y aunque repelido muchas veces, cruzando al fin el Éufrates, llevó las águilas romanas á comarcas que nunca habían sentido su rapiña ni sus picotazos (114). Ocupó la Caldea y la Asiria, tomó á Ctesifonte, capital de los partos, y colocó en el trono á Partamaspatés, príncipe de la real estirpe (116).

No bien murió Trajano, sacudieron los partos el yugo, y volvieron á llamar á Cosroes, que se había retirado á Hircania (117). Pero deseoso de paz Adriano, ó por envidia, cedió todas las conquistas de su predecesor más allá del Éufrates, y soltó sin rescate á todos los prisioneros de guerra, entre cuyo número se contaba una hija de Cosroes: este príncipe profesó constante amistad á los romanos.

**Vologeso II, 121-150.**—Bajo Vologeso II invadió una horda de alanos la Media, sometida á los par-

(8) Véase la pág. 99 de este tomo.

tos, si bien, aceptando cuantiosos donativos, consintió en retirarse. Libre de temores por aquel lado, penetró Vologeso III en la Armenia, dando muerte á cuantos legionarios halló en su camino (161); derrotó al gobernador de Siria, y marchó sobre Antioquia. El emperador Vero, ó más bien su ejército, le rechazó fuera de la Armenia, y deshizo sus tropas repetidas veces, aun cuando estaba al frente de cuatrocientos mil hombres. En cuatro años recuperó el ejército de Roma las conquistas de Trajano, saqueó é incendió á Babilonia, á Ctesifonte y sus cercanías, pero la peste que contrajo en aquellos confines y llevó á Italia, hizo pagar á muy caro precio sus triunfos. Antonino consintió en restituir á Vologeso todas las provincias conquistadas en su tiempo, á condición de que reconociera haberlas recibido del imperio.

Su sobrino Ardavan (9), favoreciendo á Niger, provocó la venganza de Severo (197-207), que habiéndose adelantado hasta Ctesifonte, tomó aquella capital por asalto; pero no bien había pasado el Éufrates, recuperó Vologeso cuanto le había pertenecido, á excepción de la Mesopotamia. Roma debía comprender que no era posible conservar conquistas en comarcas tan distantes y fieles al nombre de los Arsácidas; pero quizá le hacía fuerza la necesidad de combatir á los partos, á fin de evitar sus irrupciones. Con este objeto no cesaba de atizar sus discordias, y excitó también contra Vologeso IV á su hermano Artaban IV, que á su muerte le sucedió en el trono (209). Bajo el reinado de este príncipe hizo Caracalla su desleal invasión, de que Artaban tomó venganza entrando en la Siria á sangre y fuego (216). Habiendo marchado en contra suya el emperador Macrino, sostuvo por espacio de dos días una batalla de las más sangrientas, jurando pelear mientras quedara en pie un parto ó un romano; pero sabedor de que ya no existía Caracalla, consintió en pasar otra vez las fronteras, mediante la restitución de todos sus prisioneros y una indemnización por las pérdidas experimentadas.

Comprendían los Estados del último Arsácida las provincias occidentales de la Persia, es decir, la mayor parte del Irak-Adjemí, del Aderbijan, del Irak-Arabi y de la Mesopotamia. Pero su último esfuerzo le había costado la flor y nata de sus guerreros, y el reino se hallaba debilitado. A pesar de verse vencidos y oprimidos los magos por los partos, jamás habían perdido la esperanza de restablecer el culto de Zoroastro; y nutrían esta esperanza con el espíritu de independencia vivo entre los persas.

**Artaxar.**—Exhalaban los vencidos el impotente estremecimiento de hombres débiles que están divididos; pero llegó el instante en que Artaxar (Ardechir) trocó en voluntad sus deseos. Este oscuro persa, nacido del adulterio (10), si bien animado

(9) Artaban, llamado también Vologeso IV.

(10) Era hijo de la mujer de Babec, zurrador de pieles,

por predicciones astrológicas á lanzarse á las más peligrosas tentativas, impulsó á sus compatriotas á recuperar su perdida supremacía y hacer revivir la gloria de los Daríos. Apenas tuvo el valor de la rebeldía, se vió secundado por todos los persas. Artaban IV, que marchó en contra suya, fué vencido en tres batallas por un ejército igual en número al que conducía, aunque inflamado por otro ardor muy diferente, cayendo prisionero en el último choque fué sentenciado á la última pena (226). De este modo se hallaron los partos bajo la dependencia de un pueblo al que habían dado la ley en el curso de cuatrocientos ochentinueve años. Solo los sátrapas de la sangre de Arsaces se sostuvieron en la Armenia con el apoyo de los romanos, y más aún por su propio denuedo, de tal manera que alternativamente vencedores ó sometidos, aunque siempre recalcitrantes, permanecieron independientes hasta el tiempo de Justiniano.

Después de haber restaurado el estandarte de Ciro (11), tomó Artaxar la doble corona y el título de rey de reyes (*schah in schah*), y su primer cuidado fué reanimar el espíritu nacional con el auxilio de la antigua religión de Zoroastro, profanada durante la servidumbre. Llamó á los magos de todos los puntos del imperio, para que se dedicaran á extirpar la idolatría, y reunió en un concilio general á las setenta sectas restantes de la distinta interpretación del Zendavesta. Cuéntase que se congregaron allí ochenta mil sacerdotes del fuego. Este número fué reducido á la mitad en un principio, después á cuatro mil, luego á cuatrocientos, á cuarenta, y por último á siete, los más venerados por su piedad y sabiduría. Entre ellos se contaba el santo joven Erdavirabo, que habiendo bebido tres tragos de un vino somnífero, que le escanciaron sus hermanos, quedó sumergido en un profundo sueño. Al despertar contó su viaje al cielo, así como las cosas que había visto y aprendido, y eran tales, que se desvanecieron todas las dudas relativas al Zendavesta. Balk tornó á ser la sede del archimago, y la gerarquía sacerdotal se derramó por todas las provincias, viviendo con el producto de gran número de tierras y con el diezmo sobre los frutos y la industria. Vedóse cualquiera otro culto, cerráronse los templos de los partos, y se derribaron las imágenes de sus deificados reyes: una terrible persecución exterminó á los herejes, á los hebreos y á los cristianos.

y de un soldado llamado Sasan. Del primero provino su renombre de *Babecano*, y del segundo el de *Sasánida* que se dió á él y sus descendientes.

(11) Carecemos de historiadores contemporáneos, y en parte suplimos esta falta con los escritores griegos y latinos que hablan incidentalmente de estos sucesos, y cuyos fragmentos han sido recogidos en la compilación indigesta de PEDRO BIGARO titulada: *Rerum persicarum historia*. Francfort, 1601. Véase sobre los historiadores orientales á D'HERBELOT, *Bibliotheca orientalis*. París, 1697;—C. F. RICHTER, *Historisch-kritischer Versuch über die Arsaciden und Sassaniden Dynastie*. Leipzig, 1804.

Restituido así el imperio á la unidad de creencia, tenía necesidad de una administración vigorosa y uniforme. Habían concedido los Arsácidas hereditariamente á sus hijos y hermanos las provincias y los empleos más importantes del reino. Llevaban el título de rey los dieciocho sátrapas principales (*vitasi*). Casi independientes quedaban los bárbaros en sus montañas, así como la mayor parte de las ciudades griegas del Asia superior, de modo que el imperio de los partos era más bien un sistema feudal que una monarquía.

A fin de abolir este sistema recorrió Artaxar las provincias al frente de un ejército poderoso, obligando á todos á rendirle homenaje, consolidando su autoridad donde quiera, de modo que desde entonces ya nadie se interpuso entre su persona y el pueblo. Así se vió único soberano de cuantos moraban entre el Éufrates, el Tigris, el Araxo, el Oxo, el Indo, el mar Caspio y el golfo Pérsico. También promulgó un código que duró tanto como la monarquía, á fin de asegurar al país una administración ilustrada y uniforme. *La autoridad de un príncipe*, decía aquel habil conquistador, *debe ser protegida por la fuerza militar: ésta no se sostiene sino con los impuestos: los impuestos pesan en último resultado sobre la agricultura; y ésta no puede prosperar sino donde la protegen la moderación y la justicia.*

Haciendo la guerra habían perdido los persas el fogoso ímpetu de un pueblo bárbaro, sin haberse perfeccionado en la estrategia de los griegos y de los romanos, y sin haber aprendido á atacar ni á defender las plazas fuertes. Se reducía la infantería á un tropel reunido un momento con la esperanza del botín, y supliendo con el número al valor y á la disciplina. Mujeres, eunucos, caballos, camellos, embarazaban las marchas y consumían víveres y forrajes. Pero la caballería era, como es actualmente, la más bella y mejor ejercitada del Oriente: componíase de la nobleza, que desde la niñez se habituaba á disparar el arco, á la templanza, á la sumisión, y recibía del rey los señoríos á cargo del servicio militar: así acudían todos desde el momento en que se les llamaba, y era terrible su primera acometida.

Con esta organización militar se mostró Artaxar amenazador para sus vecinos. No sólo quiso repelelos de las fronteras á su antojo, sino que también se propuso conquistar todo lo que había poseído Ciro, de quien pretendía ser sucesor. Sin miramientos á Alejandro Severo, cruzó el Éufrates y sujetó á muchas provincias contiguas (232). Entonces envió al emperador que se adelantaba con sus tropas, cuatrocientos hombres de los más ro-

bustos, quienes le hablaron de este modo: *El rey de reyes manda á los romanos y á su caudillo evacuar la Siria y el Asia Menor, y restituir á los persas el país aquende el mar Egeo y el Ponto, poseídos por sus mayores.*

Por benigno que fuera Alejandro se irritó de tanta arrogancia, y habiendo mandado despojar á aquellos enviados de sus galas todas, los confinó á la Frigia; entrando enseguida en la Mesopotamia, la recuperó sin descargar un solo golpe (233). Acudió Artaxar con ciento veinte mil caballos, diez mil hombres de infantería pesada, mil ochocientos carros de guerra y setecientos elefantes: no por eso dejó de ser derrotado. Alejandro dividió su ejército en tres cuerpos, que invadieron la Partia por diferentes puntos: este ataque bien combinado hubiera podido derrocar el poderío de los persas, si el ejército no se hubiera negado á avanzar, asesinando á sus oficiales. De vuelta en Roma, Alejandro (23 de septiembre de 234), hizo al Senado un brillante relato de sus proezas, y triunfó sobre un carro tirado por cuatro elefantes; fué honrado con los sobrenombres de Pártico y de Pérsico; pero quedó la victoria por Artaxar, quien tornó á apoderarse de todas las conquistas de los romanos, y consolidó en quince años de reinado su poder naciente, hasta el punto de hacerse amenazador para la existencia del imperio de Roma.

**Guerra con los germanos.**—Preparábase Alejandro á emprender de nuevo las hostilidades, cuando desistió de su propósito á consecuencia de haber pasado los germanos el Rhin y el Danubio (19 de marzo de 235). Acudiendo, pues, al Rhin los repelió mas allá de este río: pero fué detenido, no tanto por la timidez que le atribuye Herodiano, como por el desorden de sus tropas, que negándose á la fatiga y enemigas de toda disciplina, se irritaban de la rigidez conque castigaba las más leves faltas; además se indignaban de oír á los heraldos repetir de continuo durante las marchas su máxima favorita: *Proceded como queráis que procedan con vosotros.*

El godo Maximino, que mandaba un cuerpo de panonios, no se iba á la mano en anécdotas y chistes referentes á aquel emperador sirio, quien no obraba, según su dicho, sino con arreglo al capricho del Senado y de su madre: se hizo parciales, y acometió á Alejandro en Siclingen, cerca de Maguncia, donde le asesinó juntamente con Mamea, cuando aun no tenía más que veintiseis años. Mataron los soldados á sus asesinos, á excepción de su jefe. Pueblo y senadores lloraron al joven Alejandro tanto como merecía, y el día de su nacimiento fué celebrado con un fiesta anual.

## CAPÍTULO XXIII

### DESDE MAXIMINO Á CLAUDIO II

Cuando á la vuelta de Oriente solemnizó el emperador Severo en la Tracia el nacimiento de su hijo Geta con juegos militares, se le presentó un mozo robusto implorando en bárbaro idioma tomar parte en la lucha. Su apostura anunciaba una enorme fuerza: á fin de que el bárbaro no triunfara de un soldado romano, se le opusieron los esclavos más robustos del campamento; pero derribó á tierra á dieciseis, uno tras otro. Obtuvo por recompensa algunos insignificantes regalos; y habiendo sido alistado, divirtió al día siguiente á los soldados haciendo piruetas á estilo de su país. Como se apercibiera de haber llamado la atención de Severo, se puso á seguir á su caballo durante una larga carrera, sin dar señales de la más leve fatiga. Una vez llegado, el emperador quiso experimentar su fuerza, y le propuso una lucha: aceptó el bárbaro y venció á siete soldados vigorosos. Severo le obsequió con un collar de oro, y mandó que le inscribieran entre sus guardias con doble sueldo, porque lo que se daba comunmente no bastaba para su subsistencia.

Este coloso se llamaba Maximino; había nacido en Tracia de un padre godo y de una madre alana. Tenía ocho pies de estatura, y con su nervudo brazo arrastraba en pos de sí un carro, que no bastaba á poner en movimiento un par de bueyes: arrancaba los árboles de cuajo, rompía de un puntapié la pata de un caballo, comía cuarenta libras de carne, y bebía en un solo día veinticuatro pintas de vino por lo menos; entre sus dedos reducía á polvo los pedernales.

Con el trato de los hombres reconoció este gigante la necesidad de refrenar su feroz índole, y supo mantenerse en el favor bajo diferentes emperadores. Alejandro le nombró tribuno de la legión cuarta: luego, como hacía que se observara bien la disciplina, le dió un mando superior, ingresó en el

Senado, y aún se proponía entregar en matrimonio á un hijo del bárbaro su propia hermana: llamábase Julio Vero, dotado de no menos soberbia que gallardía y de tanto vigor como denuedo.

En vez de encadenar á Maximino tantas mercedes, le inspiraron el pensamiento de atreverse á todo, en ocasión en que todo lo podía la fuerza. En su consecuencia urdió la muerte de Alejandro, y proclamado emperador al punto, se asoció su hijo, á quien los soldados besaron no solo las manos, sino también los pies y las rodillas. Confirmó el Senado lo que no podía deshacer, y al punto comenzaron las venganzas y las crueldades. A semejanza de los que salidos de las últimas filas alcanzan una alta fortuna, tenía Maximino el menosprecio y las comparaciones. A sus ojos eran dos crímenes un nacimiento ilustre ó un mérito reconocido; también era delito haberse reído de su persona y haberle socorrido en su pobreza.

Acusado Magno, personaje consular, de querer romper el puente que había echado sobre el Rhin, á fin de dejarle á la otra orilla en poder de los bárbaros, fué degollado, sin formación de proceso, con cuatro mil presuntos cómplices, todos personas importantes. A la más leve sospecha, gobernadores, generales, individuos consulares, eran encadenados, metidos en carros y llevados á presencia del emperador, quien no contento con la confiscación y la muerte, hacía que fueran abandonados á las fieras, ó cosidos á pieles de animales recién muertos, ó apaleados mientras les quedaba un soplo de vida. Ni su rigor contra los cristianos pudo saciar su ferocidad (236).

No menos avariento que bárbaro confiscó todas las rentas que cada ciudad tenía de reserva para las distribuciones y las públicas fiestas; despojó los templos, acuñó moneda con las estatuas de los héroes y de los dioses: fué la indignación general, y